

## Reseñas

**Oswaldo Estrada:** *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea*, México D.F.: UNAM, 2014 (362 págs.).

■ Discutido por ■ **Kristine Vanden Berghe (Liège):** Université de Liège, Faculté de Philosophie et Lettres, Études Hispaniques, Place Cockerill 3/4, 4000 Liège,  
Email: kristine.vandenbergh@ulg.ac.be

DOI 10.1515/iber-2015-0029

En *Ser mujer y estar presente*, Oswaldo Estrada estudia la obra de nueve escritoras mexicanas nacidas entre 1900 y 1973. En la introducción expone sus premisas y esboza el contexto en el que su estudio se inscribe. Si algo se echa de menos en ella, es un comentario que explique la selección de las escritoras, ya que uno se pregunta por qué estudia a Margo Glantz y no a Amparo Dávila (a la que por lo demás cita varias veces), o por qué a Carmen Boullosa y no a Silvia Molina. Esto no impide que su perspectiva quede plenamente legitimada porque demuestra que la obra de las nueve escritoras consiste en una serie de reflexiones sobre lo que significa escribir como mujer en México.

Estrada comienza estudiando a Nellie Campobello, mujer combativa a la hora de defender a Pancho Villa, pero reservada cuando se trataba de la posición de la mujer escritora en un ámbito de sociabilidad masculina. Es original que el autor se haya concentrado en la poesía, poco estudiada, de Campobello para sacar a la luz la índole ambivalente de sus aspiraciones de género. Por nuestra parte, creemos que su poca combatividad en la materia tiene que ver con su relación extramatrimonial con Martín Luis Guzmán, que la situaba en una posición delicada. El ensayista subraya con razón cuán difícil es aprehender a Nellie Campobello, pues en la muy documentada biografía hecha por Jesús Vargas Valdés y Flor García Rufino (2013) (que Estrada difícilmente pudo conocer porque su publicación casi coincide con la de su propio libro), estos debieron admitir a su vez sus límites al respecto. Sorprende que en ese capítulo no se tome en cuenta el prólogo que Campobello escribió para su obra reunida (1960) porque es allí donde más explícitamente habla de su posición como mujer en un mundo literario reservado a los hombres. Pero Estrada se refiere al prólogo cuando analiza la obra de Mónica Lavín, donde relaciona las posturas de las escritoras estudiadas con los textos de Sor Juana. De hecho, una y otra vez resalta la importancia de la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* que se convirtió en hipotexto de la obra de numerosas escritoras mexicanas. Así, el autor lee los textos de Lavín y Rosa Beltrán a partir del análisis hecho por Josefina Ludmer relativo a las “tretas del débil” de Sor Juana.

En el ensayo siguiente, dedicado a Rosario Castellanos, Estrada subraya que teje numerosos lazos entre las figuras “subalternas” de la mujer y del indígena. El marco teórico que adopta para estudiar a Castellanos proviene de Foucault. Esta perspectiva, que combina los estudios subalternos y la perspectiva foucaultiana, poco frecuente en la crítica sobre literatura mexicana, es sugerente. Hace pensar, por ejemplo, que sería interesante realizar un análisis comparativo entre Castellanos y el subcomandante Marcos, ya que este sugiere relaciones parecidas entre personajes subalternos femeninos e indígenas y, además, alía él mismo la perspectiva foucaultiana con la subalternista en sus comunicados y sus cuentos.

El Subcomandante aparece en el siguiente ensayo en calidad de portavoz de los zapatistas, guerrilla que Estrada presenta entre los grupos de desheredados que se han beneficiado del apoyo de Elena Poniatowska. Particularmente interesante en este trabajo es que llama la atención sobre la evolución que va de una Poniatowska optimista que desdice el carácter cíclico de la historia mexicana en una conversación con Octavio Paz en 1976, a una escritora desencantada que, en textos posteriores, sugiere que la historia del país no hace sino repetirse: “El tiempo en las crónicas de Poniatowska es circular: muchos son los condenados a vivir entre las voces de los muertos o entre exangües sobrevivientes, como si metafóricamente formaran parte de una ficción rulfiana” (102).

Al leer este diagnóstico, uno se pregunta de qué sirven todas estas rebeliones de las escritoras insumisas si después de tantas décadas nada parece cambiar de un modo significativo. ¿No se han empleado las estrategias correctas para mejorar la posición de la mujer? ¿Es imposible transformar el país con la sola arma de la palabra? ¿Los y las intelectuales mexicanos se han dejado cooptar? Son preguntas que nos hacemos leyendo el libro de Estrada y que, sin duda, también se ha planteado el propio autor al analizar esas construcciones de subjetividades rebeldes. Asimismo, es probable que en su época o en la actualidad las escritoras comentadas las hayan hecho y las sigan haciendo. Además, pero esta es otra cuestión, sería adecuado relativizar en los casos de algunas mujeres la índole contra-hegemónica de sus posturas. En cuanto a Sor Juana, por ejemplo, es saludable recordar el análisis propuesto por Ángel Rama en *La ciudad letrada*, donde recuerda los Arcos Triunfales con los que la monja y Carlos de Sigüenza y Góngora celebraron la llegada de los virreyes de La Laguna a la Nueva España. Por lo tanto, su rebeldía no excluyó que brindara puntualmente su apoyo a las políticas dominantes de su época.

Carmen Boullosa, escritora cuya obra abre la segunda parte del volumen, parece compartir el diagnóstico de Poniatowska sobre la repetición de la historia. Con Boullosa también volvemos a encontrar esta pasión por México, los (des) encuentros que marcaron la historia del país y el rescate de historias marginadas que ya caracterizaba a las posturas de Campobello, Castellanos y Poniatowska. Al

mismo tiempo, Estrada demuestra que las novelas de Boulosa se inscriben en un marco epistemológico diferente. Sus juegos con la intertextualidad y la autorreferencialidad invitan a que las leamos desde otras teorías, como aquellas propuestas por Linda Hutcheon (metaficción) y por Seymour Menton (la nueva novela histórica). Estrada combina estas perspectivas para analizar *Llanto, Duermes, Cielos de la Tierra* y *El Velázquez de París*. Los interrogantes suscitados por estos textos los alejan mucho de los reclamos de Campobello, quien insistía en que en sus textos decía la verdad histórica, las reivindicaciones de Castellanos, que parten de convicciones firmes, y las crónicas de Poniatowska, que también se basan en la creencia de que existe una verdad que es preciso dar a conocer.

El capítulo dedicado a Mónica Lavín es al mismo tiempo un estudio sobre Sor Juana, por cuanto el autor se centra en *Yo, la peor* (2009), novela que integra cuatro cartas ficcionales de Sor Juana. El análisis de la novela está precedido de un breve panorama sobre la presencia de Sor Juana en la literatura femenina en México desde el siglo XX, que saca a la luz cómo muchas escritoras compartieron las preocupaciones de Sor Juana relativas a la mujer intelectual. Por esta razón el capítulo dedicado a Lavín ocupa un lugar central en el ensayo de Estrada, aunque también es pivote en la medida en que da cuenta de los conocimientos del autor en materia de poesía barroca mexicana, lo cual confiere una remarcable profundidad a este estudio en particular. Que Sor Juana sea una de las piedras angulares sobre la que se construyen los textos analizados por Estrada, lo ilustra igualmente la importancia que reviste en la obra de Margo Glantz. Aparte de dedicar tres ensayos a Sor Juana, Glantz reflexiona sobre ella en su libro *Apariciones*, donde cuenta la historia de dos monjas novohispanas. *Apariciones* ilustra que Glantz trata de los mismos temas en sus ensayos y sus textos de ficción, lo que implica que estos exijan un lector que se esfuerce por construir los sentidos de los textos. Estrada recalca también el papel protagónico de los cuerpos en la prosa de Glantz, y recuerda que es un tema que se introduce mediante la asociación entre muerte, erotismo y misticismo, también frecuente en la obra de Georges Bataille. Con Bataille, Glantz comparte igualmente su valorización de una ética de violencia y crueldad, como se desprende de su libro de relatos *Saña* (2007), que responde, según Estrada, al deseo de embestir contra los hábitos intelectuales del lector.

La última parte del libro está dedicada a tres escritoras nacidas a partir de los sesenta que comparten un interés por cómo las sociedades construyen identidades que determinan los comportamientos y que, de esta forman, generan frustración, particularmente en las mujeres de quienes se espera que sean madres amorosas y esposas obedientes sin que dejen de ofrecer cuerpos perfectos. Estrada analiza el modo en que la obra de Rosa Beltrán reflexiona sobre las expectativas que la historia ha impuesto a la identidad femenina. La autora juega

con ellas mostrando su carácter relativo a partir de personajes situados en un pasado lejano (*La corte de los ilusos*) o reciente (*El paraíso que fuimos, Efectos secundarios*). Cualquiera que sea su ubicación histórica, a los personajes de Beltrán los une el espíritu de rebeldía. En este sentido son dobles de la autora quien comparte con Glantz un profundo escepticismo ante las etiquetas que homogeneizan y los estereotipos que fijan.

Estos interrogantes críticos atraviesan, asimismo, la obra de Cristina Rivera Garza, que apunta a que cada identidad está hecha de determinismos sociales. La sistemática reconsideración de construcciones identitarias a la que Rivera Garza procede en su prosa, la lleva a crear prostíbulos y manicomios (*Nadie me verá llorar*) y a inventar personajes cuya identidad es ambigua (*Lo anterior*). De esta manera, procura evitar esencialismos de género. Estos postulados, Rivera Garza los está defendiendo desde hace varias décadas, usando para ello a menudo juegos intertextuales, por ejemplo, con la obra de Pizarnik.

Vista la perspectiva adoptada por Oswaldo Estrada, es lógico que el libro se cierre con un ensayo sobre Guadalupe Nettel: no solo es la más joven de las nueve escritoras, sino que parece llevar a ciertos límites algunas tendencias comentadas con anterioridad. Sus personajes son radicalmente marginales, *outsiders* que evocan cierta monstruosidad o, al menos, algo que no encaja en los moldes de la supuesta normalidad. Nettel quiere invitar, así, al lector a que replantee el concepto de lo normal y que vuelva a pensarse las diferencias, sean estas corporales o no.

En el ensayo que dedicara a Beltrán, Estrada comenta sus reflexiones en torno al canon de la literatura mexicana que, hasta hoy en día, continúa construyéndose con escritores masculinos y que excluye a autoras tan relevantes como las que él ha leído. A su vez, en la parte sobre Rivera Garza pone de relieve que esta escritora es una excepción en la medida en que se ve incluida en algunas antologías, en ocasiones como única escritora femenina. El hecho de que un hombre dedique su tiempo y se construya un currículum leyendo a puras mujeres, sin duda contribuye a reorientar este mismo canon. Ojalá podamos, una vez que las escritoras estén incluidas en él, pasar a elaborar análisis que aborden escritores y escritoras en pie de igualdad para estudiar cómo dialogan entre ellos.